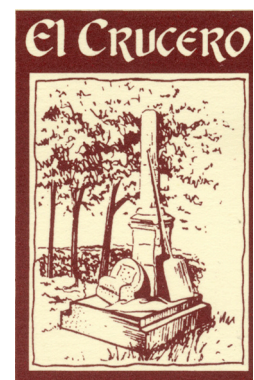


II Concurso de Relatos Breves @Leiva El Crucero



Septiembre 2006

Índice

Prólogo	3
Nunca es tarde.....	4
El Precio	9
La odisea olivense	12
La Herejía	19
“Te recuerdo, Amanda”.....	23
En un lugar de La Rioja.....	26
Diario de un caminante (Santo Domingo-Leiva-Belorado. Etapa 19)	31

Prólogo

En primer lugar dar las gracias a todos los escritores y escritoras que se han presentado a ese II Certamen de Relatos Breves @Leiva-Panadería El Crucero con la colaboración de la Asociación Cultural Villa de Leiva. Han sido más de 150 interesantes obras que han llenado de satisfacción a este editor del @Leiva.

El arduo trabajo del jurado ha dado como consecuencia estas obras premiadas. El ganador del concurso en su temática libre ha correspondido al relato ***Nunca es tarde*** de **Roberto Bennett**. El escritor uruguayo nos presenta una preciosa historia con el Alzheimer como telón de fondo.

Por su parte, el ganador del concurso en su vertiente de Leiva ha sido **Julio Moreno** con ***El Precio***, un relato que se lee con la sonrisa en la boca.

Nuestro agradecimiento es a la Panadería El Crucero y a la Asociación Cultural por ser patrocinadores del certamen.

Carlos Jaime Zuluaga San Millán
Editor del @Leiva

Nunca es tarde

Primer premio II Certamen de Relatos Breves @Leiva-El Crucero

*No te olvides del pago, si te vas pa` la ciudad,
cuanto más lejos te vayas, más te tienes que acordar...*

Alfredo Zitarrosa

Roberto Bennett

Nacho comenzó a visitarla los domingos que no había fútbol en el Estadio Centenario. Hinchaba del club Nacional desde pequeño, ya en su Guichón natal escuchaba y sufría todos los partidos de los tricolores por radio. Llegó a la capital para cursar estudios universitarios en ciencias económicas y de la sarta de recomendaciones con que le había bombardeado su madre, Nacho recordó especialmente aquel pedido de visitar seguido a la tía Lucía. En el álbum familiar, tía Lucía era la hermana mayor, la transgresora inocente que no se había casado. Figuraba como hija devota y ejemplar, buena prima, siempre bien dispuesta y adorada por sus sobrinos. En los últimos años, la salud de la tía había ido deteriorándose lenta pero inexorablemente. El mal de *Alzheimer* avanzaba y su mente se iba refugiando cada vez más en aquellos recuerdos de un pasado feliz. Tiempos de diversión despreocupada, interrumpidos por el repentino fallecimiento de su adorado *Papito* Luis, cuando todo su mundo maravilloso se derrumbó y tuvo que trasladarse a Montevideo para trabajar y ayudar a mantener la familia.

Nacho tomaba el ómnibus hasta la calle Buschental y de allí caminaba las escasas manzanas que le separaban de la Casa de Salud "La Tercera Juventud," situada en el barrio residencial del Prado. Hogar donde se hallaba internada desde hacía ya muchos años su tía Lucía. La visita generalmente duraba una hora y durante esos sesenta minutos, que al comienzo se hacían interminables, él le hablaba de sus estudios y de la familia que había quedado en Guichón. Pero ella no parecía prestarle demasiada atención. Su rostro pálido, capaz de conmovérsele con un silencio o un gesto mínimo, eludía estridencias. Sus ojos verdes y cansados se perdían en el cielo y las nubes, o en el pequeño jardín de la casa. Más allá del patio de baldosas rojas donde ellos se sentaban a conversar, aprovechando los últimos días soleados del otoño. Allí Lucía podía disfrutar con la visión de una vieja y señorial palmera, donde jugaban y anidaban inquietos gorriones, ubicada estratégicamente en el centro del jardín. Más allá se divisaban unos helechos eternamente verdes, un naranjo enfermo y algunos geranios.

Los rayos del tibio sol se colaban con timidez por los cristales de las ventanas que daban a aquel jardín trasero y las respuestas de la tía pocas veces parecían encajar con los comentarios de Nacho. Y así transcurría la hora. Un diálogo ininteligible entre dos seres que deseaban comunicarse pero que nunca lo lograban. A veces el joven, aburrido por aquellos silencios tan prolongados, se entretenía silbándole a una pareja de cardenales enjaulados, que Lucía había traído de su casa, casi como único bien terrenal, cuando la internaron sus hermanas.

Una tarde de julio, sintiéndose casi vencido por la incomunicación y el aislamiento mental de su tía, Nacho optó por preguntarle:

¿Vos sabés quién soy yo? La tía Lucía le observó con una mirada dulce y melancólica, una sonrisa tierna se recortó en sus labios agrietados y con una voz apenas audible, respondió: ¡Pero claro, bobeta, vos sos Guillermo, el esposo de mi hermanita Valentina! Entonces Nacho comprendió que su tía no le veía a él si no a su finado padre y que ella vivía totalmente inmersa en una nebulosa del pasado. Todos sus comentarios y preguntas, algunas de ellas vagas y difíciles de descifrar, todo lo que ella había pronunciado a lo largo de aquellos meses de visitas, no iban dirigidas a él ni al presente familiar, si no más bien al pasado y a sus fantasmas más queridos. A partir de ese momento, Nacho cambió de estrategia y decidió seguirle la corriente, conversando y fingiendo ser su propio progenitor. La conversación entonces se hizo más fluida y así fue conociendo toda una gama de circunstancias, alegrías y tragedias familiares que le comenzaron a fascinar. Era como internarse en un oscuro túnel del tiempo pero con la mente fresca del presente.

Ya no le pesaban las visitas de los domingos. De hecho, comenzó a esperar con interés y ansiedad la llegada de ese día de asueto, para poder escarbar e indagar en los recodos más secretos del pasado de su numerosa estirpe. La tía Lucía ahora parecía estar más lúcida y conversaba con energía y ganas de todos los hechos que ella conservaba tan frescos en su memoria. El fastuoso casamiento de la prima Belela con Saturnino Quintana y el escándalo monumental que armó el primo Roberto durante la fiesta, como siempre borracho hasta los huesos. O los celos enfermizos de Marito Quagliotti hacia su novia, la bellísima pero muy putona prima Raquel, cuando ambos vivían en Paysandú. Nacho escuchó embelesado los relatos de aquellos *picnics* familiares a orillas del arroyo Guayabos, donde hoy están ubicadas las termas; cuando las primas se escondían

con sus jóvenes "*dragones*," para intercambiar los primeros besos y escarceos amorosos de la adolescencia. Y turbado supo entonces que en una de aquellas aventuras domingueras había sido gestado él, un secreto silenciado por toda la familia hasta el día de hoy, desliz sellado herméticamente con el rápido casamiento de sus padres, a pesar de la gran diferencia de edad que les separaba.

Cuando la corta memoria familiar que poseía Nacho se iba agotando, condicionando sus charlas y averiguaciones (en el mejor sentido de la palabra), el muchacho optó por una estrategia aún más atrevida. Revisando un cajón de la mesita de luz de su tía Lucía, un domingo lluvioso descubrió una caja de zapatos, que dentro contenía fotos amarillentas y numerosa correspondencia. Nacho ojeó aquellos documentos con avidez. Era evidente que su tía conservaba estos objetos con reverencia y predilección. Por temor a una reprimenda, decidió no contárselo a nadie, ni siquiera a su madre. Siempre tan inquisidora cuando hablaban por teléfono. Y eso que a ella, Nacho, como buen hijo único, le contaba casi todo lo que le sucedía en aquel, su primer año en Montevideo.

A partir de ese momento, el joven fingió el arribo de una carta nueva cada domingo. Luego se la leía lentamente y en voz alta a su tía querida, para mayor regocijo de ambos. Así ella volvió a revivir y disfrutar de una época lejana, evidentemente más feliz que su enfermiza actualidad. Evocaciones a las cuales la tía Lucía se aferraba, quizá para olvidar los años de soledad, tristeza y desamor vividos en Montevideo. Cuando por un loable sentido de responsabilidad realizó ese enorme sacrificio individual, casi un apostolado, permaneciendo abrazada a su soltería y su trabajo, a cambio de alimentar y educar a sus hermanos más pequeños. Aquellos que crecieron y retozaron inconscientes de su dolor, en el lejano y añorado Guichón. De estas cartas también surgió el sorprendente descubrimiento de que el tío Oswaldo era homosexual y que la tía Teresa, aún sabiéndolo, se había casado con él, a pesar de las críticas y advertencias familiares. Y de cómo se habían llevado aparentemente bien, ella compartiendo su marido con el vasco Juan Pedro Oyarbide, tambero y compañero inseparable de Oswaldo hasta su muerte.

Así Nacho fue descubriendo otras primas que eran madres solteras, tías y tíos malavenidos, primos que habían estado presos y algunos parientes distantes y desconocidos ya fallecidos. A través de esas cartas antiguas, Nacho fue desentrañando el sufrido y oculto mundo interior de su tía, descifrando sus

alegrías fingidas y esclareciendo los llantos de aquella mujer que ahora le escuchaba tan atentamente, postrada para siempre en esa casa de salud del Prado montevideano. El joven entonces comprendió mucho mejor algunas de sus rarezas y excentricidades, algo que tanto habían criticado sus padres, especialmente su madre Valentina. Y fue sintiéndose cada vez más cercano a su tía. Mucho más unido y cómplice de aquella mujer de ancianidad prematura, delgada, rubia canosa, casi siempre despeinada, que lucía vestidos anticuados y a menudo demasiado grandes, y que ahora sujetaba con amor sus manos entre las suyas, tan arrugadas y reseca. Que le acariciaba el rostro con cariño infinito, mientras le miraba a los ojos con adoración, reflejando un inmenso afecto y agradecimiento.

Como todos los días de visita, aquel domingo Nacho escogió una carta cualquiera, sin importarle ni el año ni la firma de quien la había enviado, y con voz pausada y serena comenzó a leer: Mi Querida, mi siempre querida Lucía... Los ojos verdes de su tía se humedecieron de repente y antes que el muchacho continuara con su lectura, levantó una mano y le tapó la boca con un gesto de ternura. No sigas Guille, no me expliques nada. Ya lo sé y yo te perdono. ¡Lo que importa es que hayas vuelto para quedarte!... Júrame que has decidido quedarte conmigo para siempre... Gracias, mil gracias mi dulce amor y mil gracias a Dios... ¡Por fin! ¡Mis plegarias se han hecho realidad! ¡Alabado sea el Señor!...

Roberto Bennett

Nació en Montevideo (Uruguay) en 1948 y estudió Comunicación de Masas y Marketing en la Universidad de California (1970-73). Viajero incansable, he trabajado en periódicos, radios y televisión. En 1973 gana una beca a un seminario de Comunicaciones Internacionales en Yugoslavia y posteriormente se establece en Palma de Mallorca. Allí publica en 1986 una recopilación de cuentos titulada "Lo que arrastra el río y otras historias" (Editorial Soler). Además, ha publicado dos libros sobre mamíferos marinos: "Delfines y ballenas, los reyes del mar" (en co-autoría con el Dr. David C. Taylor, en 1989) y "Animales marinos" (1990). Ambas obras fueron traducidas al inglés.

Posteriormente vive tres años en Chicago, participando del 1er. Encuentro de Escritores Latinoamericanos celebrado en esa ciudad (1994) y escribe cuentos para periódicos y revistas en castellano de los EE.UU.

En 1994 publica en Uruguay su segundo libro de cuentos "El último verano" (Editorial Graffiti).

En 1996 se establece en Madrid y continúa colaborando con periódicos y revistas de España y América.

A partir del año 2000, luego de 30 años de viajes por el mundo, vuelve a residir en Montevideo, donde escribe su primera novela y colabora con revistas literarias de América y Europa.

Dicha novela, "La Brisa Bajo Mis Alas", fue elegida semifinalista en el Premio Internacional Territorio de la Mancha, patrocinado por el Instituto Iberoamericano de Cultura.

En el 2006, su cuento "Vamos mi Amor a la Feria" queda finalista en el concurso organizado por la Editorial Ábaco de España y es publicado en la colección Te Lo Cuento.

Ese mismo año gana con su obra "Chau Ginebra" el Primer Premio del certamen literario organizado por la Asociación Mexicana de Autobiografía y Biografía.

El Precio

Ganador del II Certamen Relatos @Leiva-El Crucero (temática Leiva)

Julio Moreno

No se hablaba de otra cosa, el rumor se extendía, ni siquiera el hecho de que el Rioja Club de Fútbol estuviese a punto de subir a Primera, quitaba protagonismo a la noticia. En los tres bares la misma cantinela, y eso que no era uno de los vermús más concurridos, pero en todos los corros la misma canción....

La mañana era de las que alegran, la primavera se imponía a un duro invierno, con un sol que animaba el cambio de un bar a otro y las paradas a mitad de camino:

- Habrá que preguntárselo a Fonsi.
- No, dicen que es de la otra urbanización.
- Pues yo no me lo creo, cómo va a pasar del pijaerío de Cannes a un pueblo como el nuestro.
- Quién sabe, quizás quiera perderse en un sitio más tranquilo.
- Al parecer va a utilizar la Presa para rodar una película de misterio...

Esas fueron mis primeras noticias, y yo, escéptico por naturaleza, no hice ni caso, yo si estaba más pendiente del partido de la mañana de los domingos en el Plus, el Valladolid iba perdiendo y eso a falta de varias jornadas para el final de la Liga nos ponía casi en Primera.

Transcurrió casi todo el verano, el rumor había perdido fuerza y ya casi nadie se acordaba del tema. La Función de Teatro del Tele-Club estaba a punto de comenzar, antes, cuando éramos niños, se llamaba Comedias, pero Función tenía más nivel. Yo tenía un pequeño papel, cuatro frases contadas, que la verdad, había preparado a conciencia, ya que me daba mucha vergüenza subir a un escenario. El modesto Tele-Club estaba a reventar, incluso, y dado que la veraniega tarde lo permitía, se habían abierto los grandes ventanales y había bastante gente fuera, fumadores casi todos, ibendito vicio!.

Nos lo anunció con cara de misterio Chema, el Autor de nuestra obra:

- Os tenéis que esmerar, que hay espectadores de lujo.
- Ya lo vemos, está a tope.

- No -dijo-, tiene que ser cierto que va a comprar una casa porque mirad quien ha venido a ver la obra.
- Coño -comentó Emilia entre la carcajada generalizada de los que estábamos entre bastidores- la segunda parte de "Mujeres al borde de un ataque de nervios" la protagonizamos nosotras.

La función transcurrió como estaba previsto, carcajadas generalizadas, por algo era una comedia, lo comentamos al finalizar, todos sin querer estuvimos pendientes del oscarizado Director, y quién más quién menos todos soñamos de alguna manera....

A partir de ahí cambió toda mi vida, me fui a vivir a Madrid, un papel secundario en su siguiente Película: "Javi, Rafa, Pedro y otros chicos del Tractor". Durante el rodaje, en cuanto podía me escapaba al pueblo, todos, mis amigos, la familia, me preguntaban, y yo tenía que ser discreto, no podía hablar de la película, era un secreto, y tampoco de mis andanzas madrileñas, ni de mis esporádicas salidas en programas y revistas de cotilleo que contaban sobre mí alguna mentira y muchas verdades. Al principio parecía un chollo, yo que apenas me atrevía a dirigirme a las mujeres si no ayudaban unos buenos Gin-Tonics, y ahora eran ellas las que se acercaban.

Luego poco a poco me fui desilusionando, algún golpe bajo, algún mal de amores, me sentía como fuera de lugar, y no sería por que no me lo habían avisado, en especial Cesáreo, uno de los cámaras de la película, cacereño y con el que compartí apartamento todos aquellos meses, me decía con su gracejo particular:

- No te hagas ilusiones que luego te cansas, mira yo, he vuelto con mi novia de toda la vida y en cuanto acabe la carrera se viene a Madrid y nos casamos. Vale que no está tan buena como todas estas, pero con lo complicadas que son, a ella por lo menos la entiendo.

Cada vez se me hacía más duro volver al pueblo, me sentía un extraño con mi propia gente, no era el mismo para ellos y ellos tampoco lo eran para mí. Se me hacía un nudo en el estómago cada vez que mi coche se iba acercando. Así fui espaciando mis visitas, y los comentarios no se me escapaban:

- Se le ha subido a la cabeza.
- Es normal mira con que gente se relaciona
- Ya pero nos mira por encima del hombro.

Supongo que tenían razón, lo que no sabían es que yo marcaba las distancias por lo incómodo que me sentía cuando me parecía que me trataban de forma diferente después de conocernos de toda la vida, después de tantas cosas juntos, tantas "batallitas" y confidencias compartidas.

Todo se desencadenó con el estreno de la Película, un par de autobuses salieron para Madrid... No pudo ser peor. Habían dado la vuelta a todo lo que yo había contado a los guionistas sobre la Romería, sobre nuestra ensalzada, querida y sobre todo sentida Romería, hasta las escenas en las que yo había participado parecían diferentes. Nos hacían parecer unos pobres paletitos, "la España profunda" definieron algunos críticos de postín. La gente de Leiva se sintió avergonzada, humillada, muchos ni siquiera terminaron de ver la película. Salieron del cine sin querer hablar con el montón de periodistas que allí había (y eso que más de uno llevaba preparando semanas lo que iba a decir). Además para colmo la película fue un fracaso tanto de crítica como de público. Una ruina.

Han pasado los años y parece que mis amigos, sólo ellos, ya no me culpan de la imagen que se ha dado de nuestro pueblo y de nuestra Romería, que, por cierto ahora tiene muchos visitantes, hasta un pequeño autobús de japoneses dicen que hubo el año pasado; los turistas no quieren perderse "los toros", en los que ya nadie del pueblo participa, es más me consta que muchos de los que no se lo perdían por nada del mundo, suben al Convento por tradición y por fidelidad. Pero para nadie es ya lo mismo.

Yo dejé mi carrera de actor, bueno: ¿carrera de actor?, no salí muy bien parado y tampoco quise darme una segunda oportunidad. Ahora aunque más reservado y solitario, he vuelto al pueblo. Ya nunca será lo mismo. Y de nuestro afamado Director, tras el fracaso económico de su última película, dicen que está viviendo en alguna isla del Caribe, donde no puedan encontrarle sus acreedores. Sin embargo yo, y sólo yo, sé que nunca podrán encontrarle por que al final se ha quedado para siempre cerca muy cerca, bajo las aguas de la Presa pagando con su vida el precio de la mía.

La odisea olivense

Iñaki Túrnez

Era invierno y el río bajaba engordado. Las aguas embrutecidas del Tirón mordisqueaban las raíces de los sauces en la orilla, descalzando las choperas y arrancando trozos de huerta. La corriente fluía rápida y ágil acunándose en su lecho cascajoso bajo la silueta lunar de la peña, vigilante milenaria de aquel devenir, retorciéndose a través del valle zigzagueante con la compañía intermitente de fresnos caducados y avellanos pelados por el frío. Al llegar al embalse, como en un océano de miniatura, el río se remansaba liberado de su estrecho cauce, bañando las antiguas viñas convertidas ahora en sinuosas playas de fango, descubriendo las nidadas de cormorán escondidas entre los carrizales y juncos de la desembocadura del Rugarto, jugando a salpicar espuma entre restos del embarcadero, maderos a la deriva, garrafas de plástico, desechos de poliestireno y plumas de pato, y no encontrando nada mejor con lo que entretenerse caía con fuerza por el sobradero de la presa ocultando la grieta. El muro de hormigón del embalse se rajaba irremediabilmente ante los ojos ausentes de los olivenses, paseantes ajenos a la maldición que los buscaba.

La suerte estaba echada. Por aquella resquebrajadura comenzó a filtrarse una suave llovizna difuminada entre el torrente principal, tan débil rocío que recordaba las pequeñas fugas que se producen a veces en las tuberías de riego y que reflejan el espectro completo del arco iris en los días calientes de verano. La fisura se fue agrandando y en pocos minutos un imponente chorro de río Tirón quintuplicaba el tamaño del aliviadero principal. Los cimientos de la pared de contención no pudieron soportar la presión y empezaron a rasgarse. En apenas unos segundos, en medio de una ensordecedora detonación, el murallón de cemento reventó y el pantano de Leiva se desparramaba sobre el valle en una vorágine de barro, devorando todo lo que encontraba a su paso.

Quien diría que toda esta agua cabía allí dentro. Era un mar en pie de guerra, buscando pelea, como si el Tirón se rebelara de los años encerrado en esa jaula caliza dando un puñetazo en la mesa y reivindicándose libre, que cuando las fuerzas de la naturaleza se desatan, desatadas quedan. Una lengua enfurecida de agua se abalanzó sobre la piscina municipal sepultándola para siempre en una tumba de troncos y cieno, llegó a velocidad de vértigo hasta el molino derribándolo con un lametón, derribando por igual piedras, perros y burras, para

continuar imparables por las bodegas y casas de la ribera, trepando endemoniada ladera arriba, hacia el pueblo...

Se avecinaba una tragedia de carácter bíblico, un cataclismo de dimensiones tales que dejaría en anécdota el Diluvio Universal, otra Atlántida quedaría sumergida entre las aguas del Tirón por los siglos de los siglos y para siempre jamás. Nuevos espeleólogos buscarían durante milenios en un silencioso camposanto marino la Leiva desaparecida, mitificada ya, leyenda viva de las generaciones del futuro. Un pueblo borrado del índice de la historia, salvo un detalle, un recuerdo que se extingue, un dibujo aproximado a carboncillo en la sección de mitos y leyendas de una enciclopedia ilustrada. Las más prestigiosas universidades convocarían foros internacionales glosando los logros y avances del que llamarían "periodo olivense", lo que no fue y pudo haber sido, sus asociaciones y semanas culturales, sus competiciones deportivas, literarias y hasta gastronómicas, su folclore y costumbres (incomprensibles algunas para esas mentes del mañana.)

Pero dejemos el porvenir y ciñámonos en estos hombres y mujeres hermanados por una vez en su desdicha. Sintieron primero un golpazo ronco y profundo. Algo se había quebrado en lo más hondo del pueblo, como si todos los muertos de su historia se hubieran quejado al mismo tiempo. Los olivenses permanecieron inmóviles, cada uno en su quehacer, buscando con los ojos el origen de aquel lamento. Un susurro efervescente fue extendiéndose por todos los rincones del pueblo, como las olas del mar cuando baten con fuerza los acantilados y al retirarse olvidan entre las rocas un sonajero de arena y pedacitos de caracola. Las primeras gotas comenzaron a resbalar por las calles bifurcándose en pequeños regatos como las venas en el dorso de una mano vieja. El rumor se percibía cada vez más audible, más cercano, parecía que el subsuelo hervía. De pronto, surgiendo majestuoso en una oleada gigante, el río Tirón se hizo presente inundándolo todo. Los olivenses huían en locas carreras sin dirección, cayendo atropellados por torrentes desbordados sin saber aún lo que estaba ocurriendo. Se escucharon gritos acobardados de auxilio, que estas gentes son resueltas en tierra firme pero no con el agua empapándoles los pantalones. El pueblo de Leiva entrelazaba sus manos en una cadena infinita ante la muerte, todos unidos en un sólo grito implorante, encomendando el alma cada uno según su creencia o devoción. Y entonces, cuando ya toda esperanza parecía perdida, los ojos cerrados con fuerza presintiendo el final inminente, deseando incluso que todo acabara cuanto antes, en ese instante... sucedió el milagro.

Los santos titulares de la villa, San Andrés primero, San Pablo y San Pedro después, San Isidro labrador el último, entumecidos sus cuerpos por el durar de los siglos, se desempolvaban los hombros y descendieron con aplomo de sus peanas. Al ver este prodigio, otros santos menores imitaron el gesto (alguno con la invalidez propia de su martirio). Del retablo mayor de la iglesia se unió San Mateo con San Lucas, San Marcos y San Lorenzo, dispuestos todos a trabajar por la salvación de sus fieles. San Ramón Nonato, San Blas y Santo Domingo de la Calzada (especializado históricamente en alzamiento de puentes y demás socorros), bajaron apresurados del retablo de la capilla lateral, diremos propiamente del lado de la epístola y así no mencionaremos en estos lugares las izquierdas y las derechas. Y del otro lado, el del evangelio, San Antonio de Padua y San Vítores bendito, con su cabeza en la mano, ínclito mártir de tal influencia en la cuenca del Tirón y tan celebrado, que su sola presencia provocó gestos de asombro en los presentes y un murmullo de admiración. De conventos cercanos fueron venidos, de ermitas extintas en el resguardo de la memoria, Santa Águeda y San Antín, San Miguel y San Totís. Santos algunos tan en desuso que ni se sabía que estaban. Santos sin un mal rezo que llevarse al palio durante tantos años que no podemos menos que agradecer su ayuda desinteresada en este trance. De la capilla del sepulcro Santa Margarita, la Magdalena y los cuarenta mártires que sufrieron suplicio congelados en el lago helado de Sebaste, en los lejanos fríos de Armenia. Y cerrando el cortejo, una tras otra, en una hilera interminable, las once mil vírgenes de la leyenda, mil de ellas por Santa Úrsula y otras mil por cada una de sus diez jóvenes y nobles acompañantes hasta colmar los once navíos que navegaron repletos de inocencia por las costas de medio mundo demorando los esponsales con el sanguinario Atila y sus hambrientos guerreros.

Desde los tiempos primeros nadie asistía a un espectáculo semejante. La plaza mayor parecía un hervidero de santidad. Los olivenses, con el agua literalmente al cuello, contemplaban embelesados la reunión convencidos de que algo grande ocurriría, que no son estos unos santos del montón. No olvidemos que antes de santificados, Andrés y Simón, después llamado Pedro, eran hijos del mismo Jonás, pescador, acostumbrados por tanto a faenar en estos pantanosos terrenos y hermanados en la pesca no de cualquier pez, sino de hombres, al menos de los hombres de aquella época, habilidad ésta de gran utilidad para la ocasión que nos ocupa. Acaso Isidro era el que más extrañaba el medio, sembrador que fuera en tierra enjuta y de secano, si bien en tiempos anduvo guiando bueyes en las

riberas del Manzanares y en las umbrías orillas del Jarama, primos lejanos del Tirón.

Hombres y santos unidos ahora no en plegaria sino en obra, que bien pudieran confundirse de tan juntos si no observáramos que todos los benditos lucen aura y ninguno viste a la moda. Es posible que al estar tantos siglos privados de sus facultades terrenales, quisieran disfrutar de un momento de merecido esparcimiento. Hacen bien los olivenses en preocuparse por la demora en su salvación porque tenemos delante algunos de los mejores oradores del mundo antiguo, tan doctos en la plática y tan locuaces, que eran capaces de persuadir a bárbaros indomables en sus predicaciones y ganarlos para su causa en un alarde de convicción sin precedentes. Suerte tendrán algunos que en aquellos remotos tiempos no estuviesen inventados los pluses de productividad, porque estos santos tendrían tantos incentivos acumulados en su haber que bien pudieran ahora reclamar su parte en el tinglado. Y a qué cuantía ascenderían las múltiples indemnizaciones por las atroces muertes ocurridas en el ejercicio de su labor pastoral o a consecuencia del mismo, y eso sin contar con las innumerables prebendas y bulas espirituales, las intercesiones y favores concedidos en todos estos años, que algún valor deben tener en este mundo de usureros y mercachifles.

Da gusto verlos. Aquí están reconociéndose, saludando viejos compañeros de fatigas, de periplos evangelizadores, relatando pormenores de las andanzas vividas o puntualizando algún detalle que la tradición popular, tan dada a ello, hubiera omitido o exagerado. No pequemos de impacientes y respetemos este mágico instante, aunque nos pueda parecer eterno, que tratándose de vidas infinitas no es para tanto. Tengamos presente la dificultad de esta vida de estatua, tan rígida y quieta, con todas las procesiones yendo por dentro. Han sido tantos años de casto silencio que ahora los santos se alivian en peroratas extensas, adornando los más nimios detalles en fábulas interminables. Hasta que alguien reparó en aquellos callados admiradores, alguno ya de puntillas, expectantes, mudos de puro alucinados, y se dio por zanjado el concilio, señores, manos a la obra que se ahogan.

Comenzó entonces a discutirse el método a seguir, la manera mejor de proceder en el menor tiempo posible. Defendían algunos la conveniencia, ante la precaria situación, de socorrer de las aguas solamente a los habitantes del pueblo, abandonando sin remedio sus casas y otras propiedades. Los más estrictos, los

de la antigua escuela, pretendían escoger únicamente aquellos con el alma pura y apiadarse del resto, para lo cual idearon una técnica de confesiones particularizadas y arrepentimientos tardíos, sistema que hubo de postergarse para mejor ocasión ante el empuje implacable del Tirón. Y no crean que convencerlos de que no era el momento apropiado para andar separando justos de pecadores fue tarea fácil, que los había con ganas de escarmentar al menos a quienes tuvieran, transcribimos aquí las palabras pronunciadas con literalidad y sonrojo, cara de malos. Otros más generosos abogaban por salvar hombres y haciendas, que poco sirve lo uno sin lo otro, salvar el término municipal en su conjunto, la loma y el cascajo, la jurisdicción toda. La situación era de tal premura que hasta el mismo San Vítors, por un momento, hubo de ponerse la cabeza sobre los hombros para mejor calcular las operaciones.

Se impuso lógicamente la necesidad de salvaguardar la ermita de la Virgen Peregrina, patrona del pueblo, aún ubicándose fuera del límite urbano del mismo. Y entonces porqué no los pabellones y granjas de alrededor, este viñedo tan bueno, aquellos manzanos. Relucieron mezquinas viejas rencillas, alguna que otra deuda pendiente de saldar, envidias malsanas que ni siquiera en estos delicados momentos somos capaces de dejar a un lado. Por fin se acordó unánimemente rescatar del desastre lo que llamaríamos el casco antiguo del pueblo con su ermita y camino correspondiente, y nada más dijo uno, y nada menos contestó otro.

Se trazó una línea imaginaria a modo de perímetro, incluyendo aquellos puntos considerados vitales para el sostenimiento mínimo necesario del pueblo, sus pilares fundamentales. Hasta allí fueron los santos en grupos de fuerza bastante, aunando poderes y minusvalías, cada uno a ocuparse de la zona previamente establecida y asignada con un entusiasmo juvenil que contagiaba. De este modo, asiendo el pueblo por los costados, con las cuatro esquinas bien agarradas, aplicando al unísono todo el poder divino en buena hora confiado, la villa de Leiva se desgajó de sus cimientos, se elevó unos metros sobre sí misma y comenzó a flotar.

Emocionaba contemplar aquellos olivenses cantando el himno de la madre Peregrina, cantando también hasta los más decididos agnósticos, tragándose sus palabras, persignándose con avidez mientras rezaban lo que sabían con un fervor hasta ahora desconocido. La Virgen capitaneaba la evacuación desafiando el empuje del cierzo, la villa de Leiva entera a remolque de un ejército de forzudos

santificados surcando valiente aquellas bravías aguas, aunque ahora, y ante el asombro general, en dirección opuesta a Compostela, diríamos desandando el peregrinaje, siguiendo el sentido natural de las aguas río abajo.

En esto estábamos cuando otro temor comenzó a instalarse en los corazones olivenses. Son los hombres seres desconfiados por naturaleza y aún no habían acabado de agradecer la salvación de las aguas cuando ya estaban exigiendo el final de aquella deriva. La Peregrina los contempló de uno en uno, con sus nombres y apellidos, con esa mirada tan propia de las divinidades que todo lo abarca y todo lo individualiza, buscó a su alrededor con un gesto de apremio, volvió de nuevo la vista con dulzura a aquellos sollozantes, remiró el paisaje suspirando impaciente hasta que al fin... encontró la solución.

La silueta gastada del cerro "El Piquillo" emergía de las aguas justo enfrente de la comitiva, ocultándose en la sombra del atardecer como un faro agotado. El viento del norte refrescaba las húmedas callejas trayendo augurios de penumbra, mientras la patrona tripulaba hábilmente la nave hasta dejarla amarrada, con suavidad, en aquel puerto de circunstancias. La noche se imponía lentamente y una luna apenas menguada se perfilaba en ella como si se avergonzara al ver estas penurias. Al principio desorientados, los olivenses se abrazaban conmovidos celebrando entre lágrimas el final del viaje, máxime cuando pudieron enjugarse el llanto para darse cuenta del destino que aquel milagro les había otorgado. Porque reparemos en que no es éste un cerro cualquiera, una colina mochada elegida al azar, que aquí debajo reposan huesos de antepasados, y restos todavía de sus casas, y trozos de cerámica, y monedas perdidas en un descuido o quien sabe si en una odisea como ésta nuestra. Los ovarios mismos de Leiva se esconden en esta tierra, donde no diremos que hemos llegado, sino regresado.

Y en aquellos riscos milenarios la villa quedó recostada. La Oliva berona, la Libia latina y la Leyva mora abriendo sus murallas a esta Leiva remojada. Los olivenses dormitaban exhaustos y felices como niños, mientras los santos se abrazaban entrañables despidiéndose con un guiño de complicidad para regresar a sus retablos, a sus cuevas, a su olvido. Y las aguas añejas del Tirón volvieron a su cauce y los olivenses siguieron escribiendo las páginas de su propia historia. Y la villa de Leiva continuó para siempre dominando el valle aupada en su altozano. En la parte más alta del cerro se yergue inexpugnable la ermita de la Virgen Peregrina, con un camino imposible de tan empinado y retorcido. El orgulloso

puente románico se eleva ahora majestuoso sobre el humilde Reláchigo, unos dicen que sobra puente y otros que falta río.

La Herejía

José Ignacio Barahona

La plaza del cadalso se encontraba abarrotada de gente. La populosa Villa de Leiva no estaba acostumbrada a presenciar espectáculos gratis al aire libre, por lo que todo el mundo había dejado sus quehaceres para acercarse a las inmediaciones del castillo. El morbo y la curiosidad siempre eran dueños de cualquier ejecución pública, fuera cual fuese la índole y el motivo de la misma. Pero en esta ocasión era distinto. Uno de los miembros de la más respetable familia de la villa iba a rendir cuentas a la Santa Madre Iglesia. En otras ocasiones los reos pertenecían a concejos vecinos o a las clases sociales más desfavorecidas: ladronzuelos de poca monta, timadores, mendigos y gentes de astucia exacerbada componían normalmente el grupo de ajusticiados.

Don Álvaro Hernández de Leyba temblaba de miedo. El inquisidor principal del Tribunal de Castilla había dado la orden y los verdugos llevaban en sus manos las antorchas encendidas. La cera de abeja ardía con fuerza y un olor a humo y miel invadía el ambiente. Poco a poco fueron encendiendo las hogueras. El crepitar de las ramas secas de olmo y avellano daba al atardecer un ambiente siniestro. Una densa niebla acompañaba el cuadro, como si intentara ocultar algo tan horrible.

A quince metros de distancia, Doña Úrsula contemplaba aterrada el atroz espectáculo. Su hijo pequeño, Álvaro, estaba a punto de morir. Una familia tan religiosa no sabría soportar semejante escarnio. No podía ser verdad que su hijo fuera un hereje. Él, que siempre había seguido los preceptos de la Iglesia. Él, que perdonaba a los asalariados parte del diezmo cuando éstos se lo pedían. Él, que nunca negaba un trozo de pan de hogaza a quien venía al palacio pidiendo limosna.

Durante horas había permanecido Doña Úrsula de rodillas ante la imagen de su Virgen, la Virgen Peregrina, pidiendo clemencia para su hijo. Había ido descalza a la ermita a pesar del frío y se había postrado a sus pies. Pero aquel día oscuro de finales de febrero, recién estrenada la Cuaresma, parecía que nada tenía solución. El sacrificio supremo que Dios le pedía era demasiado. No podía apartar la vista del inquisidor, pulcramente vestido con hábito de raso blanco y capa de color rojo púrpura de las mejores telas de Flandes. Aquel hombre le repugnaba. Su mirada era aseverativa, escrutadora y penetrante, pero a la vez mostraba una indiferencia absoluta ante una ejecución pública. ¿Cómo un hombre de Dios podía

tener un corazón tan miserable? ¿No pertenecía a la orden de los dominicos que predicán la caridad humana?

Álvaro se cruzó con ella por casualidad. Alta, de porte elegante y piel nívea, Beatriz le lanzó una mirada tímida y furtiva. Sus ojos pequeños y vivarachos se encontraron con los de Álvaro y se ruborizó. No se conocían, pero algo semejante a un campo magnético recorrió sus cuerpos. Continuaron cada uno su camino sin volver la vista atrás; el temor a ser descubiertos era más fuerte que el deseo de mirar. Y es que ella estaba prometida. Contraería matrimonio en un par de meses con Joaquín López de Ábalos, veintitrés años mayor que ella, un hombre muy rico e influyente que había perdido a su primera esposa debido a las fiebres de Malta.

La familia de Beatriz no pertenecía a la nobleza, pero había conseguido hacerse un hueco entre las más destacadas de la comarca. El boyante negocio del ganado y de la lana de oveja había favorecido el desarrollo de un sector que, si bien al principio estuvo dominado por los nobles, éstos fueron dando paso a tratantes y comerciantes, quienes con pocos escrúpulos consiguieron amasar considerables fortunas en poco tiempo. El plan del padre de Beatriz no podía ser mejor: casando a su hija con un noble, quien además le había ayudado en incontables ocasiones mediante contactos y contratos de compra-venta, la familia alcanzaría la alcurnia necesaria para llegar a lo más alto.

Aquella mañana Beatriz se levantó con un nudo en la garganta. Tenía prohibido acercarse al palacio de los Leyba, y por supuesto su situación no le permitía mostrar sus sentimientos. A pesar de ello, el movimiento que se percibía en las calles indicaba claramente que todo estaba sucediendo según lo previsto. Desde la ventana vio aparecer un majestuoso carro tirado por caballos blancos y con el sello papal en las puertas. No había duda: el inquisidor había llegado. Era un hombre tan mezquino que siempre asistía en persona a las ejecuciones de los herejes. No quería delegar sus funciones en sus ayudantes porque, entre otras cosas, los consideraba demasiado blandos. Él nunca atendía a las peticiones de clemencia que los condenados o sus familias realizaban en el último momento. Y por supuesto, el arrepentimiento sólo servía para aliviar las penas del infierno, pero nunca para conservar la vida.

Álvaro descubrió a través de su amigo Gabriel la identidad de la joven con la que se había topado. A partir de aquel día frecuentó la plaza porticada de la villa y la ribera del río en las horas en las que las muchachas daban su paseo, pero no conseguía verla a solas. Este hecho no hizo sino aumentar su deseo de conocerla. Ella, acompañada siempre por su institutriz y una doncella, observaba distraídamente los movimientos de Álvaro. Le entristecía enormemente su

situación, puesto que no se atrevía a contradecir los designios de su padre. La razón le imponía una vida que su corazón nunca aceptaría, una desdichada y amarga vida. Así que decidió arriesgarse. Su madre en otras ocasiones, mediante argucias y camelos, había conseguido para Beatriz ciertos favores que su padre le negaba: un vestido nuevo para las fiestas de Acción de Gracias, viajar a San Sebastián para conocer el mar, etc. Sin embargo, en esta ocasión su padre se obstinaba en conseguir a toda costa su propósito. No cejaría en el empeño de emparentarse con la nobleza. Bien pensado, podría conseguirlo igualmente a través de los Hernández de Leyba, pero ese Álvaro le parecía un mequetrefe consentido. Además Joaquín López de Ábalos era su amigo y le había conseguido muy buenos negocios. Se lo debía. Cuanto más insistía Beatriz, más dificultades le ponía su padre. Incluso le prohibió salir a pasear. La vida de ésta se tornó hueca y gris, sinsentido. Se negaba a comer, apenas dormía y casi no se arreglaba. Descuidó su aspecto de tal manera que su familia comenzó a pensar que estaba enferma.

Pero aquel día era especial. A pesar de la daga que llevaba clavada en su alma, sacó fuerzas de flaqueza, se puso el vestido esmeralda con brocados dorados que heredara de su abuela materna, coloreó sus mejillas pálidas y pidió prestado a su madre el collar de aguamarinas que guardaba en el cofre de ébano. Aquella tarde las prohibiciones de su padre no servirían. Estaba dispuesta a acercarse al patíbulo para ver a su amado por última vez. Sabía que la traición había envenenado el alma de su padre y le había llevado a hacer algo horrible. La difamación y el engaño jugaban en su contra. Por eso, ella nunca jamás le perdonaría.

Un mes antes, viendo su padre que Beatriz seguía empeñada en romper el compromiso con su pretendiente, actuó de prisa. Comenzó a hacer circular un bulo sobre ciertos actos de Álvaro Hernández de Leyba. El infundio recorrió la comarca como la pólvora, exagerado sin duda por el afán de chismorreos de todos los mortales. Cuando llegó a oídos del presbítero principal de la villa, no había duda: Álvaro era un hereje de tomo y lomo. Era irrefutable que alguien que sacrificaba gallinas negras y crías de cuervo para ofrecer sus vísceras a Dios sabe quién, vivía consagrado a la devoción satánica. Se apresuró a enviar un mensajero a sus superiores.

La vista tuvo lugar en tres semanas. El tribunal de la Santa Inquisición no erraba porque Dios hablaba directamente a sus miembros. Además, la palabra de un sacerdote era mucho más verosímil que la de cualquier laico, por muy noble e influyente que su familia fuera. Álvaro no pudo defender su inocencia, porque

nunca se cuestionó si era o no culpable. Simplemente se le pidió arrepentimiento para morir en la gracia de Dios. La desgarradora lectura del veredicto del inquisidor resonó como un trueno en el patio de armas del palacio. La familia Hernández de Leyba había acogido al tribunal en su propia casa con la esperanza de que fueran benévolos con Álvaro. Un rayo atravesó y desgarró el corazón de doña Úrsula, que cayó de rodillas e imploró clemencia, aunque de nada le sirvió.

La bruma ahogaba el sonido de los tambores. El creciente sonido de las llamas y el incesante murmullo del gentío apagaban los lamentos de los familiares. Álvaro comenzó a notar que el humo se le acercaba; se agitaba en la medida en que sus ataduras se lo permitían, pero no conseguía evitar el calor. Su cuerpo comenzó a temblar y a sudar. Intentó serenarse un poco y buscó con la mirada a su madre, aunque las llamas no le permitían ver demasiado. Y entonces la vio. Más guapa que nunca, vestida de terciopelo verde esmeralda, esbelta y triste, muy elegante, Beatriz se encontraba a pocos metros de él. La miró mientras notaba que el humo no le dejaba respirar. Clavó sus ojos en los de ella y poco a poco fue perdiendo la consciencia.

El granizo comenzó a caer con fuerza. La tormenta de invierno se desató con furia sobre la villa y el personal tuvo que refugiarse donde pudo. Era imposible permanecer en la plaza. Las llamas de las hogueras comenzaron a apagarse. El inquisidor de Castilla ordenaba insistentemente que éstas se encendieran, pero las antorchas también se habían apagado. Siguió la nieve. Una intensa cellisca terminó por ahogar el fuego. Doña Úrsula pensó que sólo podía ser un milagro. Su Virgen había escuchado sus súplicas. Corrió hacia el montón de brasas humeantes y sin ayuda desató con sus manos el cuerpo inerte de su hijo. Lo tendió sobre la nieve. Respiraba. Con mucha dificultad, pero respiraba. Los guardias de la Inquisición intentaron detener a la mujer y a los familiares de los demás reos, pero la multitud no les permitía el paso. Finalmente, a una orden desde la carroza, éstos se retiraron. Debían volver a la ciudad antes de que los caminos quedaran intransitables.

Beatriz se acercó a Álvaro, pero éste permanecía inconsciente. Sabía que no podía regresar a su casa, porque su padre no se lo permitiría. Ayudó a Doña Úrsula a llevar a su hijo al palacio; al colocarlo sobre el diván de la entrada, él abrió enormemente sus ojos castaños y se sumergió en la negrura. Beatriz salió corriendo y desapareció en la nieve. Nunca supieron dónde buscarla.

Todavía hoy dicen que se oye la voz entrecortada de Álvaro llamándola en los días de ventisca.

“Te recuerdo, Amanda”

María Luisa García Valladares

Me dirigía al Café-Bar, situado en la casa rural *El Vergel*, donde había quedado después de comer con mi padre, Jorge Vidal, el galerista Fernando Santiago y el pintor Javier García Prieto, para conversar acerca de la nueva proyección artística de ambos. Fernando Santiago acababa de inaugurar recientemente una galería de arte en la mismísima Torre del Homenaje, dentro del Castillo de Leiva. Otras veces las veladas transcurrían en el *Café España* o en el estudio que éstos habían alquilado en la calle Mayor hasta altas horas de la madrugada.

Mientras caminaba por las aceras, que permanecían todavía húmedas debido a la abundante lluvia caída la noche anterior, recordaba el primer regalo que me hizo mi padre cuando se estableció en La Rioja, a su regreso de Ginebra, un álbum de música del cantautor Víctor Jara cuyas letras aprendí de memoria y para el cual, años más tarde me enteré, había pedido el dinero prestado para poder comprármelo.

A primeras horas de la tarde el cafetín estaba solitario, una chica alta y delgada, de largo y sedoso cabello rubio, se entretenía ordenando el mostrador. Sobre él asomaban vasos y tazas de una consumición anterior junto a envoltorios vacíos de chokolatines y ceniceros repletos de pitillos apagados.

Cuando pasaba al fondo tropecé con un par de desvencijadas sillas y una pequeña mesita circular. En ese mismo instante, Javier sacaba un paquete de tabaco mentolado del bolsillo de la camisa. Después de rasgar el celofán, nos ofreció la cajetilla, tomó un cigarrillo y lo encendió. Comenzó a fumar asegurándose de que hubiera un cenicero a mano y, acto seguido, se acomodó en un asiento. Estaban demasiado cansados y no se sentían con ánimos para enfrentarse a este mecenas del arte. Al tiempo que respondían a sus preguntas con franqueza se produjo una gran pausa durante la cual intentaron esquivar hábilmente su fría y penetrante mirada.

Pasado un rato largo, cuando los cafés fueron servidos en la mesa por la rubia del bar, los protagonistas de esta reunión comenzaron a desahogarse sin

pudor de algunas tensiones y frustraciones vividas. Pues, según ellos, habían conocido mejores tiempos. El espacio era tan reducido que de pronto la atmósfera retornó pegajosa y se respiraba un aire de inquietud.

Ya eran las seis y cuarto de la tarde cuando, al final de la tertulia, salí de allí con premura y me encaminé hacia el Castillo de Leiva. Atravesé la calle entre sórdidos signos de presencia humana. Al llegar a la esquina, me crucé bruscamente con un joven de exaltado temperamento, pálido y desnutrido, que tenía el cabello canoso y los ojos tan hundidos y recelosos como los de un gato hambriento. Al pasar a su lado, levanté la vista para observar al muchacho mejor, pero no tuve ocasión de ello, porque sufrí una especie de bloqueo mental que me impidió examinarlo con más detenimiento.

Las luces se encendieron y se abrieron las puertas para el público, a continuación entró un pequeño grupo de personas que procedían de Briones, se dirigieron hacia mí mientras discernían sobre las grandes manchas de color, uno de los aspectos que más llamaba la atención, quizá en demasía, cuyos límites concentraban toda la tensión.

El repertorio de cuadros, colgados a ambos lados de las paredes de manera simétrica, me atrapa ferozmente. La herida abierta por el deseo de mantener activa la ausencia de mi hija Elena me aprisiona y avanza más que la reflexión. No es fácil de explicar porque los recuerdos no terminan por sucumbir. Decepcionada, hubiera imaginado un final distinto. Sin embargo, mi yo intenta eludir el pasado, busco una postura y me siento provisionalmente en mi sillón esperando el tributo del público. De pronto, presiento que esta tarde la vanidad de éste me va a castigar.

"Asumir el puro placer de pintar para adivinar la vida interior de un cuadro", me parece haber leído esa mítica frase en algún manifiesto cuya pretensión fuera captar el significado de las vanguardias artísticas de la primera mitad del siglo XX en la Historia del Arte contemporáneo español.

A través de la puerta de cristal veo, no solamente el deambular de la gente en la calle, también veo el reflejo de todo lo que sucede en interior de la sala, del mismo modo que un pintor de bodegones holandeses reconstruye en una vasija de vidrio el interior de una estancia, con una composición y técnica magistrales.

El tráfico discurre lenta y pesadamente hacía la plaza de la iglesia, donde está la Capilla del Santo Cristo, cuyo interior conserva el sepulcro de Ortiz de Zárate. El humo de los vehículos se agarra al asfalto metiéndose en mi fortaleza. Desde la mismísima esquina de la calle Mayor, llega el ruido creciente del motor de un vehículo pesado que me avisa de la llegada de un autobús lleno de excursionistas.

En un lugar de La Rioja

Pilar Ocio

En el límite de la Rioja, donde la carretera comienza a ascender muy suavemente y las viñas van dejando paso al cereal, allí está mi pueblo. El cielo está cubierto de nubes negras pero al oeste un rayo de sol se cuela y atraviesa, con una luz brillante y cegadora como el filo de un cuchillo, las desnudas peñas de Cellorigo llenándolas de luz. Al fondo la bruma desdibuja los contornos azulados de los montes Obarenes y apenas si se adivinan los pueblecitos dispersos por su falda. Abajo, resbalando sobre una suave colina, rodeado por los ocres de mil cepas, un apretujado montón de casas, casi todas de piedra. Sobre los tejados rojos se eleva la esbelta torre de la iglesia de San Martín y justo enfrente en lo más alto de la colina, aislado del pueblo, pero en el pueblo, dominándolo todo, rodeado por una tapia de piedra con cipreses que ascienden hacia el cielo, el camposanto. Allí está mi padre, a la entrada, a la derecha, bajo un ciprés y una cruz de piedra con su foto en sepia. Casi sin moverse puede ver a través de las verjas de la puerta, el serpenteante camino lleno de piedras y ortigas que desciende y se adentra en el pueblo por la calle de Las Huertas dejando a un lado la mole de piedra de sillería de la casa de mi abuela donde él y yo pasamos tantos días de nuestra vida, tantas vendimias!.

Eran días nublados, fríos, lluviosos. La casa hervía de actividad desde antes de amanecer. Mi madre y mi abuela junto con mujeres del pueblo se afanaban en la cocina preparando el almuerzo de sopas de pan con chorizo y huevos fritos para los hombres, esposos, hijos, hermanos, hombres del pueblo y vendimiadores gallegos y extremeños sobre todo. Gente ambulante como "Madriles", buen trabajador y bebedor empedernido que cada año se presentaba en casa con una pequeña maleta de madera sin pulir ni barnizar atada con una cuerda. Dormían en todas las habitaciones que hubiera libres, en las alcobas de los pisos altos, en camas con colchones de lana hechos por mi abuela y mi madre.

Ni siquiera los más pequeños éramos insensibles al trasiego de la casa en aquellos días. Si cierro los ojos aún me parece estar allí en el balcón de la

casa de mi abuela y oler y sentir en mi piel la misma humedad del aire. Al despuntar del alba las calles húmedas de barro huelen a humo de leña recién quemada. Las mujeres jóvenes, casi niñas, atado el pañuelo a la cabeza, envueltos los cuerpos en batas y delantales; los hombres, pertrechados de recios sacos de yute para aislarse del agua que les aguarda entre las cepas, hacen el recuento de comportas, cestos y corquettes, "cada uno el suyo", repite mi padre sin descanso. Al fin el pueblo se llena del ruido de los tractores, del traquetear de los carros, del ladrido de los perros, de las voces que van y se alejan por los caminos hacia los majuelos envueltos en escarcha. Y el pueblo se queda en silencio. Sólo los más viejos; sólo los niños más pequeños; sólo el tris tras de los cacharros en los fogones; sólo el humo que sale de las chimeneas y fluye en silencio y se pierde allá arriba en el cielo entre nubes a veces blancas, a veces negras.

Luego hacer las camas, preparar la comida y llevarla al majuelo por caminos embarrados y rotos por las ruedas de los carros y tractores. Mi madre, subir cuestas, bajar valladares, saltar arroyos y en cada mano colgada una cesta. Bajo los immaculados trapos de cocina, la hogaza de pan, platos de los que llaman de porcelana pero que son de hojalata pintada de blanco y un borde azul, a menudo uno para cada dos. Vasos no porque ya hay bota y porrón. Y en el puchero, entibiándose, caparrones o alubias con berza, chorizo, morcilla, pata, oreja de cerdo y la exquisita tortilla de tocino de costosísima elaboración, guisado todo por las expertas, magníficas dirán todos después, manos de mi abuela. Comer todos encima de la manta marrón de cuadros que antes se usaba para echar sobre los lomos de las mulas de labranza. A menudo llovía y comían debajo del remolque, ensopados de agua parar seguir cortando uva con las botas más pesadas a cada pisada, los cestos apretados para aprovechar el viaje hasta el remolque, con un saco a modo de capucha para engañar al agua y al mosto que se escurría entre los agujeros del cesto y se adentraba por la ropa hasta empaparte, inclinados sobre las cepas hasta que el sol desaparecía en el horizonte. Los días de fiesta y si hacia bueno, íbamos mis hermanas y yo a llevar la comida con mi madre. Nos hacían el agarejo con unas uvas muy rojas que al remostártelas en la cara parecía sangre. Los hombres se lavaban en la Fuente Dura, en los pilones donde bebían las ovejas y se reunían en la plaza de la iglesia junto a la fuente con dos caños y un perfecto brocal de piedra, donde las mujeres y las niñas llenaban los

calderos y los cántaros, a la espera de la cena en la mesa larga de la cocina de mi abuela. Al calor de tanta gente solía venir una familia gitana que actuaba en el bar. Rifaban baratijas y pasaban la boina mientras una cabra escuálida aguantaba tiesa sobre una silla, como una artista.

Hoy, un día como aquellos gris, triste y frío descendiendo por el camino asfaltado y bordeado de árboles del cementerio. Cuidadas verjas delimitan patios con césped, pequeñas piscinas, mesas de jardín y barbacoas. En la calle de Las Huertas la casa de mi abuela está cerrada, silenciosa, preciosa; una chica rusa entretiene sus días rehabilitándola. La fuente ha sido sustituida por una pequeñita con un grifo que sólo da agua al apretarlo. A la izquierda, la iglesia en el altillo tiene reloj nuevo. Todo está limpio. Las fachadas lucen la piedra recién restaurada. La forja y la madera resaltan su austeridad y belleza. Flores de plástico decoran las ventanas de casas vacías. Apenas hay gente por las calles. Algunas mujeres van a pasear por la carretera, luego a misa al anochecer o a jugar al hogar. Los hombres se reúnen en el bar, alrededor de unos vinos mientras comentan las incidencias del día. Sin embargo ya no hay vendimiadores como antes. Bueno sí hay, pero ahora son portugueses, marroquíes, negros y algún gitano. Ahora nadie les da de comer, ni cama. Bueno sí, un capo, que quedándose con casi todo su jornal les da pollo, patatas y macarrones y un catre en una destartalada caravana en el mejor de los casos.

En los últimos años se han renovado las viñas, son nuevas, más grandes y por tanto la producción es mayor y la mano de obra inevitable. El pueblo está tan cuidado que es difícil encontrar un sitio donde puedan instalarse gente con caravanas y hogueras.

A la salida del pueblo, donde están los corrales de las ovejas hay un cerro árido y seco lleno de matojos al vaivén de todos los aires al que llaman La Muela de Roganto. El acceso por el pueblo es a través de una prolongada cuesta. La cumbre es redonda y amplia y por todas sus vertientes cae en picado unos doscientos metros. Un pequeño arroyo discurre a su lado bordeándolo y formando un salto muy bonito que se estampa contra las rocas más abajo en un lío de espuma y gotas sueltas para correr, al fin, al pozo silencioso y negro donde todavía deben estar los bueyes desbocados por una vara de olmo que alimentaban nuestros terrores infantiles. En otro

tiempo se usaba para trillar, bieldar habas, garbanzos, caparrones..., labores que necesitaban un sitio expuesto a todos los vientos. Allí los han mandado.

Una de las caravanas está llena de portugueses, alrededor de dieciocho o veinte mujeres y hombres que cocinan y comen en la calle bajo un toldo de plástico y duermen dentro. Al mando del mismo capo hay también un argelino y un marroquí pero los portugueses no les dejan acercarse a ellos ni siquiera a dormir. Están bajo una pequeña tejavana hecha con cartones y plásticos. Una de las primeras noches al argelino le duelen las muelas. Cuando dan las campanadas en el reloj de la iglesia, él anda por el pueblo, a la deriva, intentando mitigar el dolor con el frío y el cansancio que siente en todo su cuerpo después de trabajar día tras día, con escasa comida y peor descanso. Son las cinco de la madrugada y a esa hora el panadero sale a la callea por leña para encender el horno. Una sombra, un roce, casi sin pensar, por instinto el panadero levanta el madero que acaba de coger y sólo el susto que ve en los ojos del chico le detienen, en el aire. No habla castellano, sólo llora y señala la boca. Mauro, que así se llama el panadero, comprende. Y mientras él hace el pan, el chaval está allí dormido sobre la mesa. Le ha dado una pastilla, leche y magdalenas y antes de dormirse repite sonriendo "migo", "migo". Mauro y Migo, como él le llama, se han hecho amigos. Cada tarde al acabar la faena Migo y su compañero bajan al pueblo a casa del panadero, se duchan, se calientan, toman una cerveza, cenan. Son buena gente dice Mauro. Pero un día cuando van al tajo el capo les despacha. El panadero, que también tiene viñas, les dice que él les contrata. Migo no habla, ya no sonríe, tiene miedo. El compañero habla de amenazas. No pueden trabajar para nadie en el pueblo o les romperá el cuello, dice al tiempo que se da un golpe seco en la nuca con la palma de la mano. Mauro les tranquiliza, "yo lo arreglo", asegura. Por la tarde los chavales no vienen, el panadero sube a La Muela, pregunta por ellos. No están; pero nadie le responde. Hacen como que no le ven.

Desde La Muela se ve el pueblo y se ve sobre todo la carretera por donde mujeres y hombres dan su paseo diario recomendado por la médica, doña Lucía, para bajar el colesterol, cuidar la osteoporosis, mantener el peso, alejar las depresiones. Y desde la carretera también se ve La Muela aunque sea de reajo, las ropas colgadas en maltrechos tendedores o sobre los

matojos, el humo de los pucheros sobre infiernillos de butano, los niños de los gitanos medio desnudos, con la cara sucia y el pelo revuelto que te miran con ojos insolentes y suspicaces y claro, es inevitable el comentario "¡Pobre gente, como viven!" "¡Calla, que tienen suerte ¿te acuerdas antes qué vendimiábamos en noviembre y si no llovía hacia un frío de mil demonios?". Así un día y otro pero al siguiente dejan de ir a pasear. "Espera hasta que marchen..., hay tanta gente rara que da como miedo..."

Llueve está tarde. Oigo los tractores que vuelven al pueblo. Vuelven los vendimiadores a La Muela. Con agua ahora no se puede coger la uva, pierde calidad y por tanto dinero. El mal tiempo puede alargar la vendimia días y días. Las nubes negras van amontonándose en el cielo, gordas y negras. Tras las salpicaduras que deja el agua en los cristales veo los hombres encorvados pasar y perderse allá arriba.

Llueve sin prisa y la tierra traga.

Llueve y empapa el plástico que supura y llora al fin, harto de soportar y el agua cae sobre los platos de sopa aguada ya. Suda el techo, sudan las paredes. Sudor de cuerpos amontonados, de catres apilados. Y los ojos se abren y cierran, se abren y cierran hasta que la noche se lleva las últimas luces y sólo quedan las nubes negras amontonadas en el cielo, sobre ellos. Y sólo se oye el repiquetear del agua.

Repiquetea también en los cristales del bar donde los hombres echan la partida de mus. Pero no la oyen. Los hombres apiñados en torno a las mesas de juego. La voz del locutor apenas apaga las otras voces; "envido", "veo", "quiero". Y ya en la calle los ojos al cielo, a las nubes gordas que cubren el pueblo y no dejan ver. "Mañana no hay prisa". "No, está ciego" "Ya lo ha dicho el del tiempo..., agua." Y las nubes negras, amontonadas arriba acompañan los bultos encorvados que se dispersan buscando el cobijo de los tejados. Y las calles se quedan en silencio.

Llueve sin prisa y la tierra traga.

Diario de un caminante (Santo Domingo-Leiva-Belorado. Etapa 19)

Jakoba Aramendi

Jean Paul y Robert han comenzado la etapa de hoy a las 06.30 h de la mañana. El tiempo que les acompaña es decididamente buenísimo para suecos, finlandeses etc. pero para estos dos franceses del bajo Garona es jodidamente caluroso. Hoy la etapa transcurre por los pueblos de Santo Domingo a Leiva y después de éste abandonan La Rioja para dirigirse al municipio de Belorado sito en la provincia de Burgos. En estos momentos están acercándose a Leiva a través de una antigua calzada romana por la cual transcurría el originario "Camino de Santiago".

En anteriores etapas hemos conocido aspectos de la vida de estos dos personajes. Hoy vamos a descubrir el motivo por el cual están realizando este viaje (paliza). Jean Paul es un antiguo monitor de tiempo libre de adscripción religiosa. ¿Existe algún grupo de tiempo libre sin ningún matiz religioso? En la actualidad es comercial de HOME ENGLISH que también se las trae. (La vida de este chico es curiosa de narices.) Robert, en cambio, es profesor de educación física y lo que le mueve a realizar esta hombrada es mantener su estado físico y dejar de fumar. Jean Paul es lo suficientemente persuasivo para recordárselo todos los días.

Hoy es 15 de agosto, día grande de los cazadores en Leiva y nuestros protagonistas están al inicio de la calzada romana una vez abandonado Herramélluri. La primera persona que les sale a su encuentro es un cazador local que en ese momento está cagándose en la unión Navarra tras perder una codorniz no sabemos si por culpa de él o de su perro Rocco. Ambos continúan su camino y se despiden del cazador que está maldiciendo su mala suerte. Continúan su caminata, que ya me gustaría a mí describirla en números romanos (en el fondo los odiaba) hasta llegar a una antigua ermita acompañada de un crucero que atestigua el porqué de la vía.

En el jardín de dicha ermita se está celebrando un ritual (pagano) que se repite año tras año. Se está preparando el almuerzo de los cazadores y en él se esmeran el editor de la página web de Leiva y uno de los panaderos del pueblo

que tras un accidente ecuestre y su correspondiente lesión en la pierna, no puede salir a cazar y espera a sus colegas para el ágape. Siguiendo con el ritual almorzarán patatas con chorizo (sin starlux) pero con unas guindillas que te recuerdan por qué el hombre es el único animal que vuelve a caer en el error dos veces.

Tras el ritual saludo con acento francés Jean Paul realiza una pregunta enigmática para un pueblo como Leiva. ¿Para tomar un café *au lait*? El deshuevo de estos dos olivenses, les desarma un poco (acaso es una pregunta tonta). En Leiva a las 10.30h de la mañana tomar un café. IMPOSIBLE. Existen tres bares, lo cual para un pueblo como Leiva es demasiado, pero eso sí, a partir de las 12h. La campana de GAUSS no obtiene dispersiones. Todos cerrados. Uno de los Olivenses todavía con la sonrisa en la boca le responde: Si quieres le llamo a mi cuñado y te lo explica con más detenimiento pero lo que es tomar café, NO. El cazador lesionado les ofrece a cambio refrescos, vino y un poco de chorizo lo cual es agradecido por ambos y a la vera de la ermita comienza un diálogo entre los cuatro.

Media hora más tarde y con las patatas humeantes empiezan a llegar los cazadores cansinos (que no cansos) de la dura jornada. El cazador de la unión Navarra tiene todavía un ligero rictus de mosqueo por la pérdida de la pieza pero se trae en su morral siete codornices. Los otros miembros del grupo van apareciendo poco a poco y el aullar de los perros delata que este día se está de caza, y de almuerzo. Vienen todos más o menos contentos y los comentarios son de todos los gustos. Que si he visto sesenta, que este perro no me caza, que si no llega a ser por la trilladora exterminadora... y hasta un lesionado que se ha tronzo o aspeao el tobillo en un majuelo.

Por el camino que une Leiva y la ermita, conduciendo una roulotte, aparece un mirandés aficionado al folklore popular y a conocer historias locales interesado en saber algo más acerca de la romería que celebran tres pueblos de la zona denominada SAN VITORES. El tipo se aproxima al grupo, se pone un plato de patatas y les da una palmada de tres narices. Imaginaros 36 grados a la sombra, de almuerzo y el mirandés te hace un interrogatorio sobre el santo vitores que provoca que vuelvas a tomarte dos guindillas a pelo y sin antiácidos. Canso más que canso.

Jean Paul y Robert se están aclimatando poco a poco al grupo menos al mirandés y comienza el intercambio de pareceres. Tras el ágape las voces son más altas y

el castellano-francés del chiguito Robert se entiende mejor o peor según quién le oiga. Interesándose por el vino explica que para ellos ese vino es un Beaujolais (vino del año) y que por él los franceses hacen el primer día ferias y distintas actividades. Las romerías que también las celebran, las omite ya que sería un motivo de diálogo con el mirandés que lleva un tiempo callado. Mira que hablan por los codos los franceses y estos dos chiguitos no soportan a dicho individuo.

Son las 12.30h del mediodía y al grupo se han unido familiares y amigos formando una cuadrilla de más o menos 32 personas. El cazador aspeao o tronzaao, ingenuamente narra su incidente al resto del grupo y da pie para que opinase o sentenciase nuestro amigo el Mirandés. Por supuesto que tras 10 años de investigación por los pueblos conocía por lo menos 30 remedios caseros para su dolencia pero le recomendaba el siguiente.

- Has de volver al lugar de los hechos, tronzarte de nuevo el tobillo e ingerir litro y medio de agua. (Homeopatía pura, científica). Y no te preocupes que yo te acompaño.

Lo que son las cosas, pero a dicho cazador le pilló el día tonto (antes que perder días de caza) y se fue con él, camino Herramélluri. El resto del grupo atónito por lo vivido se dirigió hacia el pueblo algunos cantando y otros riendo.

- Un BOLLO QUÉ. inquirió el camarero a Robert cuando éste deseaba invitar a una ronda a parte del grupo .
- Nada, nada, sácate 4 bombitas y unas olivas aclaró un cazador.

Tras el aperitivo y conocedores de la existencia de una piscina en el pueblo, a la vera de una presa, J. Paul y Robert decidieron pasar la tarde en la misma para una vez descansado seguir con la marcha sin meta definida.

Los alaridos del cazador aspeao o tronzaao se oían en tierras de Leiva, Herramélluri y Treviana. Al dolor insoportable en la pierna, se unía la presencia del pelma y "galeno aficionado" mirandés que ni en esta situación era capaz de callarse y encima cantaba canciones tradicionales del romancero castellano-leonés. Os juro que la primera voz la llevaba nuestro cazador cazado. En un momento de alivio por parte de éste y tras comprobar el mirandés que la escopeta estaba sin cargar, éste último se dio a la fuga a la francesa silbando una melodía esta vez del cancionero burgalés. Las voces de nuestro cazador también

eran audibles en distintos pueblos de la comarca, pero dado que todo el mundo estaba en la siesta o en la piscina, sus denodados intentos por pedir auxilio resultaban en balde.

Son las seis de la tarde y tras la siesta reponedora de medio pueblo, los caminantes y demás personas que hasta ahora no han aparecido en este relato, se unieron en la piscina. J Paul y Robert se juntaron a la cuadrilla del cazador unión Navarra, el editor y demás miembros que estaban comentando las anécdotas vividas durante la mañana. Asimismo llegó el panadero lesionado que primero llega su pie derecho y un metro más tarde el cuerpo, con los consiguientes problemas para entrar a los sitios.

- Creo haber visto la roulotte a toda velocidad dirección Tormantos.
- Qué habrá sido del cazador responde Robert. ¿Estará sano?
- "Me extraña" (típica respuesta olivense) Si no está en el Hospital.....

Pues no, pero cerca. Nuestro cazador aspeao se encontraba a bordo de la unidad 117 de la Cruz Roja dirección Logroño, farfullando algo ininteligible sobre un mirandés que el equipo de la ambulancia no entendía nada. Será el Valium exclamó el médico. Los demás asintieron aunque sabían que no le habían suministrado dicho fármaco.

Como os podéis imaginar J Paul y Robert no hicieron ningún intento por proseguir la marcha, dado lo bien que se lo estaban pasando en Leiva. Incluso superaron la prueba del veraneante. Es decir bañarse en la piscina con ese agua tan fría, sin maldecir a nadie, sin gritar ni llorar. Llegó la tarde noche y en el pueblo, dado que era día de fiesta, había mucho ambiente por la plaza. Mis protagonistas no se separaron del grupo acabando merendando en la bodega y cantando jotas riojanas y canciones del bajo Garona. Tras dar a dúo no sincronizado las dos de la mañana en los relojes de la iglesia y el ayuntamiento J Paul y Robert se dirigieron a la piscina y a la vera del río Tirón pasaron la noche a la fresca.

ETAPA 20 (MODIFICADA) LEIVA-TORMANTOS-BELORADO

Tras un desayuno rico en paracetamol, protectores de estómago y antiácidos J Paul y Robert se dirigen a Tormantos para tomar un café au lait. Desconocen que este pueblo celebra sus fiestas.....